

LA CONDICION HUMANA EN LA NARRATIVA DE ROA BASTOS

Augusto Roa Bastos es un escritor que posee pleno dominio de los medios estilísticos y sobre todo una fuerza vital intensa capaz de crear, con poderosa sugestión, el ámbito adecuado para cada historia y el clima más sugerente para cada personaje.

“Hijo de hombre”, su novela premiada por Losada en 1959, evidencia que esa fuerza emana de una personalidad vigorosa con un claro sentido de la vida y con una concepción del hombre, de su misión y de su destino, elaborado a lo largo de los años.

Roa Bastos posee un estilo definido, utiliza un sentido moderno de la estructura novelesca. Palpita en él una elemental irracionalidad que le permite captar y transmitir, como transfondo mágico, la vibración mítica de su tierra paraguaya. Pero une a todo lo antedicho un planteo ideológico denso y apasionante.

La temática que aborda en “El trueno entre las hojas” y en su reciente novela “Hijo de hombre”, lo arrastraban a comprometerse con la línea americana de la literatura social de alegato y de protesta.

En “El trueno entre las hojas” bordea peligrosamente esta posición y en algunos cuentos se inclina hacia ella. Pero en “Hijo de hombre”, supera holgadamente esta sollicitación. Es el escritor paraguayo que trasciende Paraguay pa-

ra ser Americano y que trasciende América para ser del mundo.

Quizás la idea central de su novela: la pasión por la libertad y su lucha renovada a cada instante, a pesar del martirio, de la persecución y de la muerte, le haya otorgado esta trascendencia tan difícil, precisamente porque no es el fruto de una abstracción fría sino que está creada sobre una realidad muy concreta.

Las dos obras a la cuales nos referimos parten de una temática existencial, "vitalmente existencial", ya que se basan en el análisis de situaciones concretas, de conductas y acciones humanas, enmarcadas en una singular temporalidad histórica.

Y el autor es perfectamente consciente de este punto de partida y del mensaje implícito en su creación. Al finalizar "Hijo de hombre", dice:

"Creo que el principal valor de estas historias radica en el testimonio que encierran. Acaso su publicidad ayude, aunque sea en mínima parte, a comprender más que a un hombre, a este pueblo calumniado de América, que durante siglos ha oscilado sin descanso entre la rebeldía y la opresión, entre el oprobio de sus escarnecedores y la profecía de sus mártires" (270) (*).

En efecto, Roa Bastos hace literatura social con mensaje y su obra está comprometida, pero comprometida con los grandes valores del hombre y es este compromiso el que le concede la trascendencia.

Al recibir el Premio Losada por "Hijo de hombre", Roa Bastos explica claramente su pensamiento sobre el tan

(*) Las páginas indicadas en el texto, corresponden a las siguientes ediciones:

Augusto ROA BASTOS, *El trueno entre las hojas*, Editorial Losada, 1953.
Augusto ROA BASTOS, *Hijo de Hombre*, Editorial Losada, 1960.

debatido tema del compromiso y lo ubica en sus justos términos:

“Algo más quiero destacar especialmente en esta ocasión; es el hecho de que la elección del jurado haya recaído sobre una novela de las llamadas sociales, sobre una novela que trae la opacidad visceral de una tierra convulsionada, de unos hombres y mujeres que avanzan con los nervios y las venas sobre la piel, de un paisaje que se quema esterilmente en la aciaga potencia de su fecundidad y de su hermosura, escenario grandioso e impasible donde el hombre afronta la muerte cada día, a cada instante, resignándose impávido al presente de su adversidad porque cree con fe inquebrantable en el futuro de su redención.

Pienso entonces que se ha premiado el mérito de la sinceridad, no el de la belleza, que se ha reconocido el pujante clamor de un pueblo y no la destreza técnica ni la sabiduría de un novelista capaz de plasmar por la sola fuerza de su pensamiento el vertiginoso universo de una conciencia individual.

En esta etapa decisiva de la historia del mundo, los escritores latinoamericanos se insertan con vida y pensamiento en la gran tradición de nuestra literatura independiente, en una literatura militante de la realidad humana. Su pasión dominante es mostrar la rebelión del hombre en sociedad contra todo lo que lo aplasta y degrada. Sus obras se arraigan en la historia y en el destino de sus pueblos. Están templadas en la pasión de lo americano, pero su proyección y su aliento son universalistas, es decir humanistas, los escritores de hoy trabajan sin reservas mentales de ninguna clase, atacan de frente los temas y problemas de nuestro mundo contemporáneo. Tratan por encima de todo de ser veraces, de dar sus obras como actos de afirmación, y cada uno contribuye con la nota profunda de vivencias colectivas e individuales, traza el rasgo físico y espiritual característico de esta expresión deslumbrante que está amaneciendo en el viejo rostro del mundo en perenne metamorfosis.

Esta literatura es, sí, una literatura comprometida: comprometida hasta los huesos con el destino del hombre, no con intereses o consignas circunstanciales”, (1).

(1) En “Negro sobre Blanco”, Boletín Bibliográfico de Editorial Losada, 1960.

El escritor ha penetrado en su tierra, en su hombre, en su pueblo y expone su lucha y su tragedia, que en última instancia, es la tragedia del hombre, en continuo combate con las fuerzas que tratan de violentarlo. El drama es de siglos, es desde que el hombre existe, pero está alojado y cumplido en un aquí y en un ahora concreto; está alojado en la entraña misma de América y en un momento de su historia.

Y resulta altamente significativo que Paraguay haya engendrado un escritor como Roa Bastos, de transfondo épico en su narración, algo así como si el dolor colectivo de tanto tiempo hubiera encontrado la encarnación, madura de belleza, en uno de sus hijos.

La lucha continua, el sacrificio, la muerte y el dolor del pueblo paraguayo pasan a la inmortalidad temporal en una obra literaria que, desde su aparición, la crítica unánime señala como maestra y universal.

Trataremos de fundamentar estas apreciaciones, señalando la temática de las dos obras mencionadas.

“El trueno entre las hojas”, escrita en 1953, consta de diecisiete cuentos en los cuales se preanuncian los contenidos de “Hijo de hombre”. Esta última novela está construida sobre las fingidas memorias de Miguel Vera, “un introvertido, intoxicado por un exceso de sentimentalismo”. Son, en conjunto, nueve historias de dolor y de angustia, situadas en el Paraguay entre 1912 y la desmovilización después de la guerra del Chaco.

Todas las historias están vertebradas por la personalidad de Miguel Vera, que adquiere por momentos un vago carácter protagónico ya que el manuscrito de sus memorias es la base de la trama argumental.

Miguel Vera conoce lúcidamente la situación en que se debaten los hombres de su país, pero no tiene capacidad para emprender una acción redentora.

La doctora Rosa Monzón, al finalizar la novela, lo describe en la siguiente forma:

“Era alto y delgado, de hermosos ojos pardos. Hablaba poco y su exterior taciturno lo hacía aparecer huraño. Un introvertido, “intoxicado por un exceso de sentimentalismo”, como me decía él mismo en una de sus cartas desde Itapé. Yo creo que era más vale un ser exaltado, lleno de luz, pero incapaz en absoluto para la acción” (269).

El mismo reconoce su falla esencial, cuando dice en uno de los relatos, al contemplar el vagón arrastrado por Casiano y Natí en su huida:

“Me sentí hueco de pronto. ¿No era también mi pecho un vagón vacío que yo venía llevando a cuestas, lleno tan sólo con el rumor del sueño de una batalla?. Rechacé irritado contra mí mismo ese pensamiento sentimental, digo de una solterona. Siempre esa dualidad de cinismo e inmadurez turnándose en los más insignificantes actos de mi vida! Y esa afición a las grandes palabras! La realidad era siempre mucho más elocuente” (129).

Al lado de Miguel Vera, algo así como la mente reflexiva de los hechos, acciona un mundo riquísimo y fascinante de criaturas auténticas y vitales. Roa Bastos evidencia una fuerza creadora que se adueña del lector y le hace vivir las peripecias de sus personajes. Sus hombres y sus mujeres tienen el atractivo del hecho que se vive y no de la abstracción que se piensa.

Macario Francia, el viejo mendigo que por unos días se convirtió en el verdadero patriarca de Itapé; Casiano Jara, obsesionado por escapar del yerbal; Cristóbal Jara, fuerte en su indiferencia y valiente hasta la muerte; Gaspar Mora, de bondad inacabable con sus hermanos; todos viven idéntica vida y todos expresan el mismo dolor y la misma rebeldía.

La sucesión de personajes reafirma la idea fundamental que el autor encierra en su creación: la lucha sostenida por el hombre contra el desorden de la naturaleza y contra

la violencia desatada por el mismo hombre hacia sus hermanos.

Roa Bastos, en un juicio sobre "Hijo de hombre", aclara:

"Su tema trascendente al margen de la anécdota es la crucifixión del hombre común en la búsqueda de solidaridad con sus semejantes; es decir el antiguo drama de la pasión del hombre en lucha por su libertad, librado a sus solas fuerzas en un mundo y en una sociedad inhumanos que son su negación" (2).

¿Cómo ve al hombre? ¿Cuál es su situación?

En "Exodo", Casiano y Natí que huyen enloquecidos del yerbal "*paracen animales acosados, embretados en una trampa sin salida*" (79).

La descripción es vivencial, la vida aparece como un absurdo. Este concepto está reforzado en el mismo relato cuando contemplamos el camino de los mensú hasta la ciudadela de Takurú-Pucú:

Algunos, agotados por las privaciones y el clima, quedaban por el camino,

"Los que marchaban delante oían de tarde en tarde, a sus espaldas, el tiro del despenamiento. Era un compañero menos, un mártir más, un anticipo que se perdía en un poco de bosta humana" (83).

Y en "Hogar", Cristóbal Jara con un solo gesto indica a Miguel Vera, la incommensurable cantidad de esfuerzo y de sacrificio que pueden caber en las manos de un hombre.

Ese hombre, así concebido, está enfrentado a situaciones que lo reducen al extremo límite de su condición. Con-

(2) En "Negro sobre Blanco", Boletín Bibliográfico de Editorial Losada, 1960.

tra él se desata la fuerza de lo telúrico y del mismo hombre guiado por la ambición del poder y la lujuria desmedida.

Necesitamos referirnos a las fuerzas que engendran el desorden y el mal en el mundo y causan esta situación del hombre.

El punto de partida para esclarecer este aspecto lo da el epígrafe con el cual Roa Bastos inaugura "El trueno entre las hojas":

"El trueno cae y se queda entre las hojas. Los animales comen las hojas y se ponen violentos. Los hombres comen a los animales y se ponen violentos. La tierra come a los hombres y comienza a rugir como el trueno".

Esta leyenda aborigen manifiesta con singular fuerza expresiva, la decisiva *influencia de lo telúrico* que rodea al hombre y lo aprisiona, condicionándolo algunas veces y determinándolo las más, hacia un destino determinado que se cumple inexorablemente.

El lugar preponderante de la naturaleza indómita y bravía patentiza esta interpretación. Le atraen a Roa Bastos, la selva, los pantanos, los bosques gigantescos.

Intensamente dramática, asechante, es la naturaleza que palpita en el "Caruguá".

"La vegetación iba cambiando gradualmente de color. Se podía saber dónde comenzaban las ciénagas por el tono más vivo y oscuro del verde que se veía a lo lejos. Empecé a oler la emanación característica del pantano; un sabor áspero y agrio, como las miríadas de insectos machacados, que arañaban la nariz y la garganta y que al comienzo me produjo un ligero mareo con sabor a baseas. Allí reinaba implacable la humedad destructora y creadora, transformando continuamente la muerte en vida y la vida en muerte. Monstruosos torbellinos vegetales de helechos y macizos espinosos que se adensaban en la gelatina negra del barro, como en otra edad geológica; un reino caótico y vibrante de alimañas voraces, de víboras y pájaros de presa, donde no se sabía cómo podrían durar unos cuantos seres humanos" (114).

En el mismo cuento, la acción del pantano es tan intensa y alucinante que explica el desenlace de la narración y crea el ámbito sugestivo que ella necesita.

En "El regreso", el pantano cede su lugar al bosque de tanino pero su influencia es tan nefasta sobre el hombre como la del tembladeral. El tembladeral ha devorado en su tumba semilíquida de betún un centenar de hombres y el pequeño villorio de Yvyrá-Caigüé; el bosque sepulta a los peones del obraje.

"El trueno entre las hojas", último cuento del libro homónimo, presenta la naturaleza como protagonista que participa en el combate secular por la dignidad del hombre, abrumándolo con el despliegue de sus mil formas y matices.

La violencia telúrica tan manifiesta en "El trueno entre las hojas", reaparece en "Hijo de hombre".

La huida de Casiano y Natí a través de la selva y los pantanos desespera y enloquece. Toda una noche avanza sin tregua para comprender al amanecer que han girado sobre el mismo lugar.

"Avanzan despacio en la maciega del monte. Más rápido no pueden. Empujados por el apuro, por el miedo ya puramente animal, se cuelan a empujones. Por momentos, cuando más ciegas son las embestidas, la maraña los rebota hacia atrás. Entonces el impulso de la desesperación se adelanta, se va más lejos, los abandona casi. El hombre machetea rabiosamente para recuperarlo, para sentir que no están muertos, para tajar una brecha en el entramado de cortaderas y ramas espinosas que trafilan y retienen sus cuerpos como los grumos del almidón en un cedazo, pese a estar tan flacos, tan aporreados, tan espectrales" (78).

Y cuando atraviesan el estero, carcomidos ya por el terror, "van chapoteando por dentro en un estero lleno de miasmas, con islotes poblados de víboras que hacen sonar sus colas de hueso" (108).

La lucha del hombre contra esta violencia de la natu-

raleza crea, por momentos, un mundo alucinante, irreal. Según lo expresa la leyenda indígena mencionada, también los animales participan de este desorden y se oponen al hombre y a su acción.

El duelo mortal para ambos contendientes, en el cual un carpintero trata de liberarse del ataque de un cocodrilo, evidencia esta situación permanente de conflicto ("El trueno entre las hojas", pág. 21).

Esta visión de la naturaleza que se impone en la creación de Roa Bastos lo ubica decididamente entre los grandes narradores de la tierra americana; Rómulo Gallegos con "Canaima" y Eustasio Rivera con "La vorágine".

Sigamos adelante en este intento de aprehender la temática del escritor. Debemos hablar ahora de *la opresión y de la violencia del hombre contra el hombre*. Enceguecidos por la ambición y las ansias desmedidas de poder y de dinero, algunos hombres apresan a los demás y les someten a la miseria, a las torturas y a la muerte horrible y sin sentido.

Forkel y Harry Way, en "El trueno entre las hojas", encarnan la voluntad todopoderosa del patrón del ingenio que aplasta a los hombres y viola insaciable a las mujeres.

El yerbal de Takurú-Pucú y la Ogaguasú son cárceles enormes de las que nadie puede escapar y en las cuales mueren irredentos y olvidados los hombres que trabajan para que otros se enriquezcan.

Sólo los versos de un "compuesto", pudo escapar a los perros, a los capangas, a los muertos y a los esteros; fue el único "juído" del yerbal y en sus palabras el mensú lloraba su martirio.

El tratamiento que se dispensa a los peones es infrahumano y los mensús paraguayos solían mirar con nostalgia la costa argentina como si divisaran una verdadera tierra de promisión.

"Algunos quedaron por el camino interminable. Los repuntadores probaban a levantarlos a punta de látigo, pero

el vómito negro o la ponzoña de la ñandurié era más fuerte que ellos. Los dejaban entonces pero con un poco de plomo en la cabeza, para que se quedaran bien quietos y no se hicieran los vivos, así de entrada" (83).

En este mundo de violencia y opresión, los capataces ejercen el derecho de vida o muerte y se dispone de los hombres por arbitrio, capricho o ira.

Chaparro, uno de los personajes más sombríos creados por Roa Bastos, fulmina con un tiro al vigía que, en un descuido, resbaló de su puesto y cayó al fuego de la hoguera.

La obsesión de la muerte persigue al hombre; en cualquier momento puede llegar el estaqueo en un hormiguero, la sepultura viva o el flagelamiento despiadado.

Esta situación de injusticia no es sólo privilegio triste de la selva; reina también en la ciudad, en el pueblo, en la aldea, donde el poder político somete y abusa.

"El viejo Señor Obispo", cuento de la primera obra, presenta al sacerdote heroico que lucha valientemente contra los poderes que reducen al hombre a la miseria y al terror, pero termina su trayectoria terrena recluido en su propia casa y prisionero de fuerzas más poderosas que su afán de justicia y redención.

En el mismo relato, Roa Bastos crea la clásica figura del jefe de un cuartelazo triunfante que pretende obligar al Prelado a firmar desalojos en masa, so pretexto de bien para la revolución.

Pero el Obispo conocía el sufrimiento de los suyos:

"De las alfombras del Vaticano a su tierra roja y violenta cuyas tolvaneras parecían de humo y de sangre, la transición fue brusca y reveladora. Sólo entonces comprendió en toda su magnitud el drama de los suyos" (28).

El tema de *la guerra* entre hermanos duele al escritor y este dolor se patentiza en las dos obras. Perucho Rodi, mientras se está muriendo, piensa en su gente absurda y cruelmente perseguida:

“Y así sucedía porque era preciso que gente americana siguiese muriendo, matándose para que ciertas cosas se expresaran correctamente en términos de estadística y mercado de trueques y expoliaciones correctas, con cifras y números exactos en boletines de la rapiña internacional” (El trueno entre las hojas, 75).

Destinados” y “Ex-combatientes”, relatos que integran “Hijo de Hombre”, abordan el tema de la guerra con trágicos acentos que plantean al lector los interrogantes más penosos sobre la cuestión.

No podemos olvidar otro elemento de desorden y de violencia desatado por los anteriores en sus consecuencias extremas y degradantes: *la lujuria*. La lujuria que somete a las mujeres y provoca la rebelión en los hombres.

En “El trueno entre las hojas”, el personaje que encarna la lujuria es Eulogio Penayo, autor de tropelías y vejámenes incalificables.

“...allí arrastraba por las noches a las mujeres que quería gozar en sus antojos lúbricos. A veces se oían los gritos o el llanto de las infelices por entre las risotadas y palabrotas del mestizo” (203).

En el mismo cuento Harry Way, el “Buey rojo” como lo llamaban sus peones,

“Desfloraba a las nuevas y las pasaba a sus hombres, cuando se cansaba de ellas” (213).

La lujuria desata venganzas y violencias mayores. En “Ex-combatientes”, Melitón Isasi, el jefe político de Itapé, de insaciable deseo, es asesinado bárbaramente por los mellizos Goiburú que quieren así reparar el honor de su hermana deshonrada.

Otras veces es el espíritu de los hombres el que se desequilibra y sufre desorden ante estas situaciones miserables.

Casiano Jara, cuando Chaparro le pide que le venda a su mujer Natí, no puede matarlo porque haciéndolo no sólo se pierde él, sino también su mujer y su hijo al nacer y entonces se trastorna y enloquece por el sufrimiento.

La lujuria no es cualidad que pertenezca sólo a los hombres. Roa Bastos ha creado un personaje femenino, "La Bringa", que compra a los hombres con su poder y su dinero. Cópia borrosa de Doña Bárbara no alcanza la salvaje grandeza de aquélla aunque posee rasgos que la definen con nitidez.

Este es el mundo en el cual viven los hombres de Roa Bastos.

Al finalizar "Hijo de Hombre", Miguel Vera exclama:

No pienso en ellos solamente. Pienso en los otros seres como ellos, degradados hasta el último límite de su condición, como si el hombre sufriente y vejado fuera siempre en todas partes el único fatalmente inmortal".

Y aquí retomamos la tesis de Roa Bastos y lo hacemos con las palabras del autor:

"Los hombres con "su carga de debñidades y penurias, enfrentados a situaciones extremas que agotan en ellos su capacidad de renunciamento y sacrificio, sin que la degradación ni el sufrimiento logre aniquilar su núcleo último de bondad o de inocencia. Luchan y mueren para que ese destello sobreviva, acaso sin tener conciencia de ello, porque la esperanza en la redención del hombre por el hombre es tan fuerte como el instinto biológico". (3).

Y esta esperanza, tan fuerte como el instinto biológico, se manifiesta en la prolongación terrena del hombre, en sus hijos.

(3) ROA BASTOS nos habla de su novela en "Negro sobre Blanco", Boletín Bibliográfico de Editorial Losada, 1960.

Cuando Casiano Jara se entera que su mujer le dará un hijo, sólo piensa en huir del yerbal para que su hijo sea libre y el autor expresa que lo germinado en Natí es:

“lo único eterno que pueden hacer un hombre y una mujer sobre la tierra, aunque sea en tierra de cementerio”.

Pero el hombre vive también y su recuerdo, cuando ha sido bueno con los demás y los ayudó durante su vida, Macario Francia lo expresa así:

“El hombre, mis hijos, es como un río. Tiene barranca y orilla. Nace y desemboca en otros ríos: alguna utilidad debe prestar. Mal río es el que muere en un estero” (15).

O cuando dice, pensando en Gaspar Mora, el tallista del Cristo de Itapé:

“Muere pero queda vivo en los otros, si ha sido cabal con el prójimo. Y si sabe olvidarse en vida de sí mismo, la tierra come su cuerpo pero no su recuerdo” (37).

Cristóbal Jara actúa de acuerdo a la leyenda que ostenta su camión ladrillero: “Nada me apura... nadie me ataja”. Y él encarna la esperanza en el hombre y en su acción, la confianza en seguir adelante olvidándose de sí mismo. El creía, que

“Alegría, triunfo, derrota, sexo, amor, desesperación, no eran más que eso: tramos de la marcha por un desierto sin límites. Uno caía, otro seguía adelante, dejando un surco, una huella, un rastro de sangre, sobre la vieja costra, pero entonces la feroz y elemental virginidad quedaba fecundada”.

Y como Cristóbal Jara, Roa Bastos confía en el hombre y dice por su boca: “Lo que no puede hacer el hombre, nadie más puede hacerlo”.

La fuerza y la esperanza del hombre viven en el hijo de María Regalada :

“Engendrado por el estupro, estaba allí, sin embargo para testimoniar la inocencia, la incorruptible pureza de la raza humana, puesto que en él todo el tiempo recomenzaba desde el principio”. (“Hijo de Hombre”, pág. 159).

La fuerza y la esperanza del hombre se personifican en ese vagón arrastrado a través de la selva y de los años para lograr la liberación :

“Simulacro de hogar, que avanzaba por la llanura o retrocedía hacia el pasado, sin rumbo, sin destino, pero desplazando una victoriosa, impávida, salvaje, alucinada atmósfera de seguridad, de coraje, de misterio, lo que también a ellos les comprometía a guardar secreto” (123).

La esperanza que vive en los hombres de Roa Bastos y la solidaridad con los demás que es su fruto, no es una esperanza serena; es sufriente, trágica, se impone en medio de un torbellino de dudas e interrogantes. Muchas veces los hombres piensan como Miguel Vera que

“alguna salida debe haber en este monstruoso contrasentido del hombre crucificado por el hombre. Porque de lo contrario sería el caso de pensar que la raza humana está maldita para siempre, que esto es el infierno y que, no podemos esperar salvación. Debe haber una salida, porque de lo contrario”... (269).

Esta psicología torturada engendra y alimenta un estado permanente de rebelión. Se quiere conseguir otro estado de cosas, se quiere lograr una cierta ordenación del mundo.

Cuando Aparicio Ojeda, el conductor alucinado del villorio de Ivyrá-Caigüe, predica a sus adeptos, les enseña que Dios quiere a los hombres felices también en este valle de lágrimas.

El Obispo, Solano Rojas, Gaspar, Casiano, Cristóbal y los otros personajes de las dos obras, incluso las mujeres, viven en permanente situación de rebeldía. Todos constituyen una sola voluntad de insurrección. Las criaturas de Roa Bastos luchan hasta la muerte y creen en la redención aún en el absurdo de una muerte sin sentido.

La rebelión es individual y colectiva y encuentra su encarnación más expresiva en el rito religioso celebrado los Viernes Santos en el cerrito de Itapé, cuya historia abre "Hijo de Hombre".

"Era un rito áspero, rebelde, primitivo, fermentado en un reniego de insurgencia colectiva, como si el espíritu de la gente se encrespaba al olor de la sangre del sacrificio y estallara en ese clamor que no se sabía si era de angustia o de esperanza o de resentimiento, a la hora nona del Viernes de la Pasión" (13).

El Cristo de Itapé es el hombre perseguido y escarnecido. La referencia bíblica: "Hijo de hombre, tu habitas en medio de casa rebelde"... está trasladada al hombre y no al Dios encarnado como algunos críticos entienden.

La rebelión del hombre contra las circunstancias que lo oprimen, está alentada por una indestructible pasión de libertad y su búsqueda, pese a todos los obstáculos, se torna apasionada y agresiva.

"El Trueno entre las hojas", comienza con el cuento titulado "Carpincheros". Ellos son los únicos hombres libres, dueños de su destino, bogando por el río en sus negros cachiveos. Y Gretchen, la niña rubia que los admira y los llama "hombres de la luna", al escaparse para siempre con ellos, indica al hombre seducido por la libertad. El significado profundo de este relato alcanza su final comprensión en el último cuento de este libro, donde los hombres mueren por alcanzar la libertad.

Para seguir penetrando en el pensamiento de Roa Bas-

tos, resulta ya indispensable hablar del fascinante mundo de los hombres y mujeres creados por el escritor en las dos obras que nos interesan.

Comencemos por Gaspar Mora, el tallista del Cristo de Itapé, que al contraer la lepra se refugia en la selva y muere allí solo, lejos de cuanto había amado. Su existencia terrena es casi un mito y su recuerdo vive en el pequeño pueblo y en sus hombres.

“Gaspar olía a madera, de tanto haber trabajado con ella. De lejos venían a buscar sus instrumentos y pagaban lo que él les pedía. No era tacaño. Sólo dejaba lo suficiente para comprar sus materiales y herramientas. El resto lo repartía entre los que tenían menos que él. Levantaba las deudas de los agricultores a los que el fuego, el granizo o las langostas habían inutilizado sus plantíos. Compraba ropas y bastimentos para las viudas y los huérfanos” (20).

Amado por todos, como Solano Rojas, Gaspar sufre en la selva porque tiene que estar solo y por lo poco que hizo, cuando podía, por sus hermanos. En él se cumple lo que Macario dice del hombre que en vida ayudó a los demás; es recordado y vive en el amor agradecido.

Cuando el Sacerdote no permite la entrada del Cristo en la Iglesia, Macario le increpa:

“Fue un hombre justo y bueno! Hizo su trabajo. Ayudó a la gente. Todo lo que hizo tenía fundamento. En todas partes hay huellas de sus manos, de su alma limpia, de su corazón limpio... Donde suene un arpa, una guitarra, un violín, lo seguiremos oyendo” (31).

A su muerte Gaspar se convierte en el mito de Itapé, como Solano lo es en el Paso. Solano Rojas es un revolucionario apasionado y como Gaspar es músico sensible para captar la armonía de su tierra y de su cielo.

“No era un burdo elemento subversivo. Era un auténtico y fragante revolucionario, como verdadero hombre del

pueblo que era. Por eso lo habían atado para siempre a la noche de la ceguera... Tenía indudablemente conciencia de una oscura y vital labor docente... Los harapientos mitá'í lo contemplaban con una especie de fascinada veneración mientras remaba" (194).

Solano sacrificaba su juventud, sus ojos, incluso el amor, para luchar más libremente pero vive para ver los frutos de su dolor.

"La lucha no se había perdido. Solano Rojas no podía ver los resultados pero los sentía. Allí estaba el ingenio para testificarlo; el régimen de vida y trabajo más humano que se había implantado en él; la gradual extinción del temor y de la degradación en la gente, la conciencia cada vez más clara de su condición y de su fraternidad; esos andrajosos mitá'í en los que él sembraba la oscura semilla del futuro, mientras movía su arado en el agua" (196).

Solano sacrifica todo, pero no puede como Gaspar olvidar definitivamente el amor. El recuerdo de la mujer amada vive en él y su presencia viva acompaña su cuerpo cuando muere.

"No habían estado juntos más que contados instantes, apenas habían cambiado palabras. Pero la voz de ella estaba ahora disuelta en la voz del río, en la voz del viento, en la voz de su cascado acordeón" (197).

4 Cuando muere, al igual que Gaspar, de quien lo separa una voluntad más definida de acción, Solano se torna legendario y los mitá'í perciben su presencia invisible y lo veneran.

"Allí está él en el cruce del río como un guardián ciego e invisible a quien no es posible engañar porque lo ve todo" (222).

Gaspar en "Hijo de Hombre" y Solano en "El trueno entre las hojas", encarnan los valores más puros del hombre en su actuación individual y social.

En la imposibilidad de tratar todos los personajes creados por Roa Bastos, recordaremos algunos muy representativos de su pensamiento.

Y en este planteo, el primero que surge a nuestra consideración es Macario Francia que vive para mantener el culto a su sobrino Gaspar y reverencia su recuerdo con verdadera exaltación.

En defensa de la memoria del leproso, defiende la obra que ha salido de sus manos, "el Cristo de Itapé" y cuando el sacerdote no quiere consagrarlo, el rancho de Macario se convierte en el centro de la insurrección y por unos días él es el patriarca del pueblo.

Por su boca, Roa Bastos expone fundamentales definiciones del hombre, elaboradas sobre la base de la fraternidad que caracterizó la vida de Gaspar.

De profunda sugerencia y clave para la comprensión de la novela es lo que dice Macario cuando Paí Maíz bautiza al cerrito: Tupá-Rapé.

"Yo no estuve de acuerdo... En todo caso el cerrito del Cristo leproso se hubiera debido llamar Kuimbá-Rapé" (Camino del hombre y no Camino de Dios).

Aparicio Ojeda, el protagonista de "El Caruguá", encarna al reformador religioso, exaltado y primitivo que ejerce despótico poder sobre sus adeptos y hunde en el tembladeral al pequeño poblado de Ivyrá-Caigüe, cuyos hombres le obedecen ciegamente.

"Evidentemente, su intenso misticismo no le había impedido ser un idealista práctico y expeditivo. Tenía un pié en el cielo y otro en la tierra, lo que daba a su desequilibrio una terrible virtud. Era un profeta y estadista nato, sobre todo al modo en que lo entiende nuestra moderna concepción de la religión y de la política" (123).

Roa Bastos ha creado en "Hijo de Hombre", un personaje masculino que representa claramente la búsqueda de

la libertad en el absurdo de la vida individual: Cristóbal Jara es la expresión más acabada de la confianza callada y tenaz en el hombre y en su enorme capacidad de esperanza.

Cristóbal no es un mito en el recuerdo como lo son, en algún momento, Gaspar y Solano. Ellos trascienden su humanidad y son otra cosa: aman y luchan con pasión colectiva, viven para los demás.

Cristóbal, en cambio, es puro y simplemente un hombre y sus virtudes y sus limitaciones están encarnadas en el ámbito de lo humano individual. Nace bajo el signo de la rebelión. Sus padres, Casiano y Natí huyen del yerbal para que él nazca libre y realizan proezas increíbles para lograrlo. Vive en el destrozado pueblo de Sapukai, asolado por la guerra, participa en la lucha y muere conduciendo un camión aguatero.

Solo pero inexorable cumple la misión que le ha sido encomendada y parte sabiendo que no ha de volver y quizás que ni siquiera podrá cumplirla totalmente. Es hermético, no dice palabras de más; actúa. Lo que no puede hacer el hombre, nadie más puede hacerlo. Cristóbal cree en esto y lo dice. El es la antítesis callada de Miguel Vera incapaz para la acción a pesar de reconocer que la realidad es siempre más elocuente que las palabras.

La acción de Cristóbal Jara es individual, única e insustituible.

No podemos olvidar el mundo femenino de Roa Bastos, variado y pleno de sugestión y de belleza.

En "El trueno entre las hojas", ha delineado dos maravillosas figuras de mujer. La hermana del Obispo,

"un rostro moreno que el cabello crespo y blanco hacía aún más moreno, crepuscularmente sensitivo y extasiado, semejante a un alma sin peso suspendida en el vacilante destello" (26).

y la suavísima Yasy-Mörötí, amada por Solano Rojas, casi un fantasma borroso en el recuerdo del ciego pasero.

Cuando los carpincheros con Solano al frente incendian la Ogaguasú,

“cerca de Solano, estaba una muchacha mirando la casa que ardía. En su rostro fino y pequeño sus pupilas azules brillaban empañados. La firme gracia de su cuerpo de cobre emergía a través de guiñapos. Sus cabellos parecían bañados de luna. Como el azúcar” (219).

En su soledad, el ciego le canta:

Yasy-Möröti...
luna blanca amada que de mí
te alejas
con ojos distantes... (221).

Solano todo lo sacrifica, pero “en el fondo de su oscuridad desvelada e irremediable su corazón también le reclamaba por ella, por esa mujer que sólo ahora era como un sueño con su cuerpo de cobre y cabeza de luna. Teñida por el fuego y los recuerdos” (197).

La presentación romántica de la muchacha sólo tiene igual, en delicadeza descriptiva rodeada de un ámbito mágico, en la figura de Iris, la ex maestra de Karapeguá arrojada del pueblo al contraer la lepra.

“A contraluz de la puesta de sol, embellecida por la distancia y los días de espera, la mujer semejaba realmente una aparición que podía desvanecerse otra vez con su intacto misterio. El andar transmitía a sus largas extremidades un cadencioso movimiento. El aire removía los cabellos que le cubrían la espalda. Los harapos dejaban entrever las curvas, los muslos gruesos, la delgada y flexible cintura. Los cocoteros echaban sobre ella, al pasar, la sombra de sus penachos, de modo que la silueta a intervalos se volvía nebulosa.

Indudablemente a los ojos de los que miraban, la ilusión y la realidad luchaban por superponer y fundir sus encontradas imágenes” (Hijo de Hombre, 152).

Para la temática de esta presentación interesa destacar que todas las mujeres creadas por Roa Bastos son activas,

colaboran con los hombres y luchan por lo que ellos luchan. La delicada Yasy-Möröti ayuda a quemar la fábrica al lado de Solano y sus manos se manchan con tizne del incendio.

Esta cualidad distintiva se acentúa en María Rosa, María Regalada, Natí y Salu'í, los bellísimos personajes femeninos que viven en "Hijo de Hombre".

María Rosa, la chipera lunática, enamorada de Gaspar Mora, esperándolo después de su muerte, "purificándose en la espera como si de golpe hubiera descubierto que todos los hombres eran uno solo y que precisamente ese hombre ya no estaba y quizás no regresaría nunca"(23-24).

Desde que conoce a Gaspar no recibe a ningún hombre en su rancho, como hace también Salu'í cuando comprende que ama a Cristóbal en forma total y definitiva.

No importa que Gaspar no repare en su presencia, ella va a luchar y a morir por el ideal de ese hombre único e irremplazable.

Cuando Gaspar enferma de lepra, María Rosa cuida de que nada le falte y cuando él muere enloquece. A pesar de su demencia, lucha para que el Cristo tallado por Gaspar ocupe el lugar que le corresponde y como última y extrema donación de su amor, se corta su cabellera para darla al Cristo. María Rosa tiene una grandeza sublime en su locura; ha sido purificada y redimida de sus pecados por un amor más grande que la muerte.

María Regalada, la cuidadora del cementerio de Sapu-Kai, ama a Alexis, el médico forastero que la violó salvajamente en un ataque de locura. Y ama al hijo de este amor y vive para él. Es valiente y se juega para salvar a Cristóbal que huye de sus perseguidores.

Natí, la mujer de Casiano Jara, le apoya en su loca huida por la selva y comparte con él atroces sufrimientos para lograr la libertad. Su fidelidad soporta el asedio de Chaparro y cuando alcanzan los límites de la selva, ella infunde valor a su marido trastornado y lo impulsa a seguir adelante.

“Lo empujaba sin descanso en esa marcha enloquecida y desesperada, que se abría paso en la selva por picadas y desmontes”.

Así como Yasy-Möröti es la creación más atractiva de “El trueno entre las hojas”, Salu’í lo es en “Hijo de Hombre”.

De impúdica popularidad Salu’í nace de nuevo al conocer a Cristóbal y al comprender que él es el único hombre para ella.

Desde su ranchito frecuentado por los hombres, envidiaba “al mujerío decente y paquete del pueblo”, pero todo esto finaliza al amar a Cristóbal. Se opera un cambio fundamental en su alma.

“Quedaba limpia, nueva. Sentía retoñar su muñón de mujer en una sensación algo parecida a la de los heridos de guerra que continúan por algún tiempo con la ilusión de que el miembro amputado todavía estaba allí, pegado a las carnes deshechas. En lo más hondo de su degradación habría sentido resucitar su virginidad como una glándula, renacer, purificarse, bajo ese sentimiento nuevo y arrollador, que no nació sin embargo para ella como un deslumbramiento” (205-206).

Al principio ella también se burló del hombre callado y hermético, pero luego él va penetrando en su alma lenta pero seguramente y entonces Salu’í se transforma, presta servicios de enfermera y su generosidad y valentía la distinguen. Y cuando un joven soldado muere en sus brazos llamándola mamá, Salu’í llora su pasado de miseria y prostitución.

Cristóbal debe cumplir una misión de la cual no se vuelve, Salu’í le pide que la lleve como enfermera. Él la rechaza y entonces, vestida de soldado sigue al convoy ocultamente. Como María Regalada, se juega la vida para recuperar ven-

das y remedios que están en un camión ametrallado. Silvestre, un compañero de Cristóbal le dice:

“Estás naciendo de nuevo, Salu’í” (220).

La noche antes de morir Cristóbal vencido por tanto amor, la hace subir a su camión y el diálogo que sostienen en los umbrales de la muerte es la hora del deslumbramiento entre dos almas.

—¿Crees en el milagro, Cristóbal?

—¿Milagro?

—Que ocurra algo imposible. Eso que sólo Dios puede hacer...

—Lo que no puede hacer el hombre, nadie más puede hacerlo— dijo él ásperamente.

—Sí... Tal vez eso es la fuerza que hace los milagros.

—No se. No entiendo lo que se dice con palabras. Sólo entiendo lo que soy capaz de hacer. Tengo una misión. Voy a cumplirla. Eso es lo que entiendo.

—Yo también estoy empezando a comprender muchas cosas Cristóbal. Antes de morir, Aquino me dijo que yo estaba naciendo de nuevo. Tal vez tenía razón. Estar aquí, a tu lado... y no sentir vergüenza... me parece imposible...— hablaba en un susurro, como si estuviera conversando en voz baja consigo misma.

Jara aplastó el pucho contra la culata del fusil y lo arrojó a la oscuridad. Pasó el brazo lentamente por encima del hombro de ella y la atrajo sobre el suyo, donde la cabeza de mechones cortados a cuchillo se acurrucó, vencida por el peso de su propia felicidad” (234-235).

El final alcanza la resonancia de la tragedia. Salu’í, herida de muerte ayuda a Cristóbal, que tiene las manos destrozadas y lo ata al volante para que pueda seguir conduciendo, y luego se desploma para siempre. Poco después Cristóbal es ametrallado...

El tema del amor está tratado por Roa Bastos con infinita variedad de matices y situaciones.

El papel que desempeña en la vida del hombre sufriente es fundamental ya que por él, el hombre se hace eterno y su recuerdo se perpetúa. Dijimos que según el escritor paraguayo, el hombre vive siempre por los hijos y por la bondad con sus hermanos. El amor sostiene, purifica, y quema los pecados. Salu'í y María Rosa vuelven a ser puras por impulso del amor que las nutre de una fuerza extraña y arrolladora. Estas dos mujeres significan toda la sinceridad y la autenticidad de una posición asumida hasta sus extremos límites y consecuencias.

El amor vale siempre, aunque no sea correspondido y siempre es tiempo de redención.

El amor dignifica la condición humana: Cristóbal y Salu'í; Solano y Yasy-Möröti; Gaspar y María Rosa; Alexis y María Regalada; Casiano y Natí, constituyen el ejemplo más elocuente.

No podemos concluir este pequeño estudio sin decir algunas palabras sobre el significado de los títulos de las obras que nos ocupan.

“El trueno entre las hojas”, se explica con el epígrafe que figura al comenzar:

“El trueno cae y se queda entre las hojas. Los animales comen las hojas y se ponen violentos. Los hombres comen a los animales y se ponen violentos. La tierra se come a los hombres y empieza a rugir como el trueno”.

La violencia captada en un mito guaraní atrae a Roa Bastos, quien parte de ella para situar al hombre y explicarlo.

Es fácil deducir que el título y su epígrafe está enraizados en la tierra paraguaya y en su poética raza.

“Hijo de Hombre” tiene, en cambio, un título más amplio y se explica por medio de dos epígrafes densos y sugerentes.

Uno está tomado de la Biblia:

“Hijo de Hombre, tú habitas en medio de casa rebelde...
...come tu pan con temblor y bebe tu agua con estremecimiento y con anhelo...”

Y pondré mi rostro contra aquel hombre, y le pondré por señal y por fábula,

Y yo lo cortaré de entre mi pueblo...”

(Ezequiel)

Estos versículos plantean la situación trágica del hombre sobre la tierra y su continuo desasosiego en este valle de lágrimas a la vez que admiten la presencia de ciertos hombres señalados y con una misión, hombres que Roa Bastos concibe en las figuras de Solano, de Gaspar, de Cristóbal.

El otro epígrafe está tomado del Himno de los muertos de los guaraníes y dice:

“...He de hacer que la voz vuelva a fluir por los huesos...
Y haré que vuelva a encarnarse el habla...”

Después que se pierda este tiempo y un nuevo tiempo amanezca.

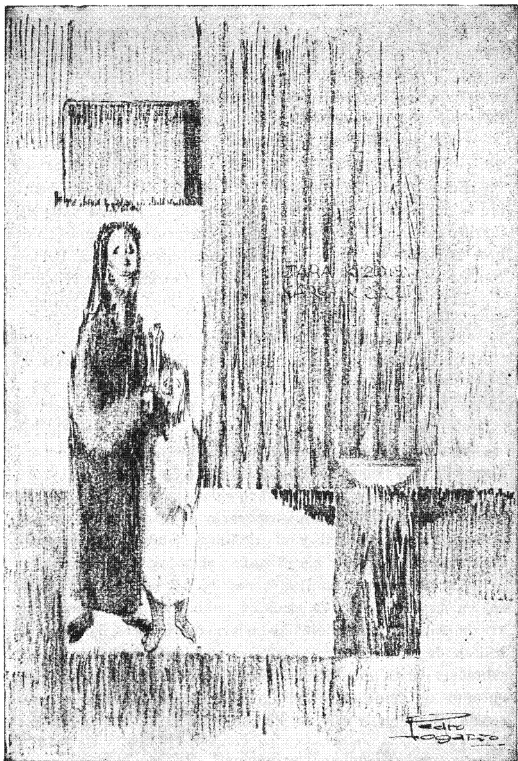
Su contenido profundo nos habla de esperanza, de confianza en otro tiempo de amor y de resurrección.

Esta unión de versículos extraídos de la Biblia y de un himno guaraní simbolizan el esfuerzo del autor para sortear el compromiso regional y su decidida voluntad de trascendencia a partir de un hic et nunc concretos.

La visión que Roa Bastos nos da del hombre es universal en su fidelidad a la realidad en la cual está pensada y vivida. Si añadimos a esto los aciertos estilísticos, la singular belleza de su estructura novelesca, moderna y flexible y la vibración lírica que infunde a toda su creación un mágico encanto, no resulta aventurado afirmar que estamos en presencia de un gran escritor de América.

CLARA PASSAFARI DE GUTIERREZ

27 de Febrero 2007, Rosario



"LIMPIEZA"
Tinta de PEDRO LOGARZO